

La memoria fracturada de Chile en las crónicas de Pedro Lemebel

Mariano Veliz*

Las crónicas de Pedro Lemebel, escritas en el contexto de la modernización neoliberal chilena de los años noventa, proponen un acercamiento fragmentario y dislocado a la historia de Chile. En ellas se materializa el desencanto frente al proceso de la transición democrática y su régimen de complicidades y continuidades con la dictadura. En este sentido, las crónicas se encuadran en un arte que, como señala Nelly Richard, se dio “por tarea rescatar lo no integrado a las consignas de moderación política y de integración al mercado que aplaudía el pragmatismo democrático de la reconciliación” (Nelly Richard, 2007: 10). Si el gobierno del consenso garantizaba la reproducción de las políticas modernizadoras del régimen militar, a partir de la implementación de estrategias que tornaran invisibles los nexos que lo unían con ese linaje, el arte y la literatura exploraron nuevas formas de inscribir una reflexión sobre los conflictos y las rupturas que desgarraban el tejido social chileno del retorno democrático.

La crónica, como deriva del discurso periodístico, suele dedicarse a comentar tanto episodios históricos como acontecimientos significativos de la actualidad. Sin embargo, en este caso, en lugar de dedicarse a narrar las hazañas de los héroes, Lemebel escribe una crónica marginal de la historia chilena. Así, en sus textos se hibridan la voluntad de dar voz a los sin voz, en la tradición testimonial latinoamericana, con un análisis de la hegemonía obtenida por la mercancía en el auge de la cultura del consumo y una exploración de la historia de Chile a través de la proposición de un lugar periférico de enunciación.

Las crónicas de Lemebel suponen una necesaria reformulación del nexo arte-política. Su abordaje de la historia chilena se autonomiza del repertorio ideológico cristalizado de la izquierda y desafía toda concepción de la literatura como mera ilustración de su agenda política. A su vez, rechaza con severidad aquello que Nelly Richard denomina “el léxico humanista-trascendente del metasignificado (Pueblo, Identidad, Memoria, etc.)” (Richard, 2007: 68). Lemebel se propone minar las representaciones plenas surgidas tanto del campo de la izquierda tradicional como de la derecha golpista. De esta manera, sus crónicas lanzan un desafío a las totalizaciones ideológicas que intentaron e intentan dar cuenta de la historia de Chile.

Al mismo tiempo, sus crónicas deben adoptar una posición en relación con el arte del pasado; en particular, con el arte militante del período del gobierno de la Unión Popular. Nelly Richard es sensible a la complejidad de esta elección. Comprende que si se introduce un quiebre radical con ese arte del pasado, se es solidario del gesto de abandono impulsado por la dictadura. Si sólo se lo recupera, se queda empantanado en ese terreno. Por eso, a la

* Licenciado y Profesor en Artes (UBA), Magister en Análisis del Discurso (UBA) y doctorando en Historia y Teoría del Arte. Integrante del Instituto de Estudios de América Latina (UBA) y docente en las carreras de Artes, Letras y Diseño de Imagen y Sonido (UBA).

práctica destructiva del pasado llevada a cabo por la dictadura, Lemebel opone una práctica deconstructiva de ese pasado y sus producciones simbólico-culturales.

A su vez, el valor de las crónicas de Lemebel no se restringe a esta impugnación de los repertorios anquilosados de la literatura y el arte latinoamericanos. También se debe a su oposición contundente a las políticas desarrolladas por los medios de comunicación que se sumaron al triunfo de la concertación e impusieron a la conciliación como única política posible y al olvido como la estrategia central en el camino a la reinstauración democrática.

En el marco del olvido decretado, y en el contexto del Boom de la memoria motorizado por las industrias culturales de la globalización capitalista, Lemebel ofrece la posibilidad de pensar una nueva historicidad social que resulte irreconciliable con la Historia con mayúsculas de los vencedores. Con ese objetivo, articula en sus crónicas una temporalidad no sellada, inconclusa y abierta. De acuerdo con Nelly Richard (2007), Lemebel arranca el pasado del tiempo de lo ya sido, irreversiblemente detenido y congelado en el recuerdo, y lo introduce en el presente de manera polémica y conflictiva. En este sentido, el pasado revive en las apropiaciones de Lemebel y resuena en su vitalidad y en su potencia presente. Lemebel no formaliza un retorno al pasado, sino un ir y venir por las zonas oscuras de la memoria.

De allí deriva la necesidad de imaginar vinculaciones no monumentales con el pasado. Frente a la tendencia a anquilosar los eventos históricos y a construir relatos totalizadores, Lemebel elige la fragmentación y la inestabilidad de las aproximaciones parciales. No se centra en la conformación de un relato homogéneo y conclusivo, sino que presta atención tanto a las continuidades como a las rupturas. De este modo, evade el peligro de mitologizar el pasado histórico. Sus crónicas eluden los dos riesgos de la memoria histórica en el contexto de la postdictadura. Por un lado, “la petrificación nostálgica del ayer en la repetición de lo mismo y, por otro, la coreografía publicitaria de lo nuevo que se agota en las variaciones fútiles de la serie-“mercado” (Richard, 2007: 140).

De esta manera, Lemebel elabora un relato sobre la historia reciente de Chile que se opone al relato consensual producido para pacificar la transición a través del silenciamiento de los quiebres de la memoria y la indiferencia ante las asperezas de la historia. En su gesto de desafío, Lemebel repudia los ordenamientos cronológicos y establece estrategias novedosas para narrar el pasado y sus vinculaciones con el presente. Algunas de sus crónicas pueden ilustrar sus concepciones sobre los modos posibles de evocar la historia chilena.

En 1995 Pedro Lemebel decidió publicar en forma de libro diecinueve crónicas que habían circulado los años previos en periódicos y revistas como *La Nación*, *Página Abierta* y *Punto Final*. El resultado, *La esquina es mi corazón*, comprende “Censo y conquista (¿y esa peluca rosada bajo la cama?)”, escrita en el marco del censo de población llevado adelante en Chile en 1992. En el auge del desarrollo del modelo neoliberal, Lemebel pone en relación este censo con uno de los primeros censos de población realizado en América por la Iglesia Católica durante la Conquista. Lemebel comprende que desde aquella primera medición, el objetivo consiste siempre en fijar cuerpos y establecer estadísticas, regular datos y poblaciones, clasificar y promover un ordenamiento que permita cuantificar a los sujetos en el marco de la intencionalidad del poder. Sin embargo, ya en aquel antecedente remoto los “indígenas” fueron capaces de desbaratar la planificación a través de las

respuestas inadecuadas ofrecidas a las preguntas formuladas. Los indígenas desarrollaron un arte sutil del camuflaje para evadir la red del poder. También en 1992 el poder intentó enumerar las prácticas ciudadanas. Los requerimientos de la implementación de las políticas neoliberales demandaban el establecimiento de un mapa preciso de la población chilena. Frente a ese nuevo ejercicio del poder, Lemebel recurre al pasado remoto para revivir sus voces. En este sentido, su crónica asume que es posible recuperar los discursos del pasado indígena latinoamericano, que es posible aprender sus estrategias para escamotearse a los mecanismos del control y que es posible hibridar el presente neoliberal con el período de la conquista.

En la indagación histórica de Lemebel, la extensa dictadura pinochetista obtiene un rol destacado. En *De perlas y cicatrices*, publicado en 1998, Lemebel incluye las crónicas leídas en un microprograma radial de diez minutos de duración, “Cancionero”, emitido por Radio Tierra. Para Lemebel, su libro constituye un Nuremberg a los cómplices del horror. La escritura queda así configurada como una forma de justicia, el territorio donde se realiza un juicio severo al pasado chileno. Pero Lemebel no se limita a enjuiciar al ayer, sino que denuncia con la misma gravedad la pantalla democrática que decretó la amnesia de la reconciliación. El juicio de Lemebel se articula en una alternancia de perlas y cicatrices, en un enfrentamiento entre la máscara y la huella, el presente amnésico del neoliberalismo y las marcas indelebles del pasado.

En la organización de *De perlas y cicatrices* sobresale una crónica: “Las orquídeas negras de Mariana Callejas”. Allí, Lemebel narra la historia de la anfitriona de uno de los círculos intelectuales más activos durante el pinochetismo. En la casa del exclusivo barrio de Lo Curro se leía a Proust y Faulkner, se sostenían complejas discusiones sobre la estética de las vanguardias y se ignoraba con determinación que la casa constituía un centro de detención y tortura. El marido de Mariana Callejas, un célebre miembro de la CNI (la Central Nacional de Informaciones), torturaba a los detenidos mientras su mujer recibía a artistas e intelectuales en el salón principal de la propiedad. Mariana Callejas, integrante del grupo antimarxista Patria y Libertad, había publicado cuentos en distintas publicaciones chilenas; entre ellas, *La Bicicleta*, una revista de la izquierda chilena. Interesada en consagrarse en el campo literario chileno, construyó en su casa un refugio para los debates estéticos y los intercambios entre pares. Sin embargo, luego de hacerse pública la participación de su marido en el asesinato de Letelier en Washington, el salón de Lo Curro fue lentamente abandonado por la intelectualidad chilena. Los invitados comenzaron a decir que desconocían las actividades que ocurrían a escasos metros de donde se reunían. Lemebel, en cambio, indica que “Todo Chile sabía y callaba” (Lemebel, 2010: 23). En la casa de Mariana Callejas se tramó una unión siniestra entre literatura y tortura. En la crónica, las bajadas intempestivas de la tensión durante las reuniones funcionan como los nexos visibles entre estas dos dimensiones y como los indicios de la complicidad silenciosa de la intelectualidad chilena con la dictadura.

En este sentido, las crónicas de *De perlas y cicatrices* acentúan el interés de Lemebel por desnudar no sólo los procesos económicos y políticos propiciados por la dictadura, sino también sus sostenes culturales, artísticos e intelectuales. A lo largo del libro, Lemebel se dedica a analizar la complicidad de la Iglesia Católica, los programas televisivos humorísticos, la trayectoria de actores, actrices y conductores, el funcionamiento general de

los medios, la música popular o la elección de las reinas de belleza. En particular, dedica una atención detenida a la televisión y la música popular, dos fenómenos culturales que accedieron a servir como el sostén del régimen y sus difusores ideológicos. Su instrumentalización por parte del poder es desmenuzada sutilmente por Lemebel en su intento por comprender la trama de la historia y sus cadenas de silencios y complicidades. A su vez, Lemebel establece así la posibilidad de leer la historia en sus manifestaciones más periféricas. Por eso, estudia la historia mediante la reconstrucción del funcionamiento de la industria cultural aún en sus variantes más degradadas. Propone, como ejemplo, analizar la historia del Chile moderno a partir del Festival de la Canción de Viña del Mar. Confía en que a través de este acontecimiento de la industria musical podría abordarse el pasado y el presente chilenos.

Finalmente, en “La noche de los visones (o la última fiesta de la Unidad Popular)”, comprendida en *Loco afán*, elabora quizás su crónica más relevante sobre la historia de Chile. Su complejidad se debe a la voluntad de hibridar tres dimensiones de la historia. La historia política de Chile, la historia de la comunidad gay y las microhistorias de los personajes, en quienes se encarnan las otras dos. La fiesta organizada para celebrar el fin de año en la casa de una travesti pobre de Santiago condensa la caída del proyecto de la Unión Popular, el anticipo del golpe por llegar, las rupturas sociales y los quiebres de la memoria. En la clausura de 1972, Lemebel explica que “Santiago se bamboleaba con los temblores de tierra y los vaivenes políticos que fracturaban la estabilidad de la joven Unidad Popular” (Lemebel, 2000: 13). A diferencia de otros textos, Lemebel fecha con exactitud esta crónica. Es la última noche de 1972 y el primer amanecer de 1973, el inicio del fin del gobierno de la Unidad Popular. A partir de allí, como dice Lemebel “los años se despeñaron como derrumbe de troncos que sepultaron la fiesta nacional” (Lemebel, 2000: 18).

La fiesta organizada para celebrar el fin de año es el último momento de integración interclasista de los homosexuales en los barrios periféricos de Santiago. La reunión se concibe como la esperanza de la conciliación, aunque el desenlace anticipa el fracaso del proyecto. De la fiesta sólo queda un resto: una foto deslavada. En el retrato grupal se registra el contraste entre las diferentes modalidades de “locas” que asistieron al festejo. Sin embargo, a pesar de las discrepancias, todas confiaban en una posible emancipación. Las historias de las locas que aparecen en la foto reconstruyen fragmentariamente la historia de Chile. El rescate de las víctimas del terrorismo de Estado y del SIDA permite ahondar en el segundo plano de la historia que Lemebel pone en primer plano. En esta conversión de lo invisible en visible, de la ausencia en presencia, se evidencia la política de la memoria de Lemebel.

A su vez, su voluntad de no monumentalizar el pasado se manifiesta en un rasgo de la foto: “La foto no es buena, está movida, pero la bruma del desenfoque aleja para siempre la estabilidad del recuerdo. La foto es borrosa, quizás porque el tul estropeado del sida entela la doble desaparición de casi todas las locas” (Lemebel, 2000: 19). De esta manera, la percepción desde el presente de la hegemonía neoliberal distorsiona la imagen fotográfica. Apenas pueden reconocerse los rostros retratados. A la muerte impresa por la dictadura se suma la muerte del SIDA, esa nueva forma de invasión y colonización.

En ese abismo entre el pasado retratado y el presente de la escritura se establece una experiencia discrepante del tiempo. Como señala Leónidas Morales (2009), Lemebel presenta el tiempo de la hegemonía neoliberal, es decir, un tiempo cotidiano abandonado por la utopía. La foto de 1972 se opone a la contemporaneidad de la escritura porque ambas representan dos modos confrontados de experimentar, sentir o vivir el tiempo. Los años noventa constituyeron en América Latina un tiempo entregado a un deseo sin esperanza, devaluado hasta constituir un parásito de la mercancía. Según sostiene Jean Baudrillard (1987) en su libro sobre América, se trata de un tiempo de la utopía realizada, un tiempo del discurso publicitario solidario con la hegemonía de la mercancía. En ese tiempo, la utopía revolucionaria de la década del setenta sólo asiste como ausencia, como una imagen borrosa.

Al mismo tiempo, desde su ausencia la foto de las locas en la “pobla” registra algo que brilla en su mundo sumergido. Según Lemebel, “Todavía es subversivo el cristal obscuro de sus carcajadas, desordenando el supuesto de los géneros” (Lemebel, 2000: 26). Desde ese pasado perdido irrumpe un cuestionamiento radical del presente. Desde los rostros nublosos de las locas emerge una crítica del modelo implementado con el costo de su desaparición.

Si la foto de las locas marca las discontinuidades, las rupturas epocales y las grietas de la memoria, otra crónica de Lemebel indica el régimen de las continuidades. En “Gonzalo (El rubor maquillado de la memoria)”, comprendida en *Loco afán*, Lemebel retoma su predilección por los abordajes indirectos de la historia. Así, decide analizar los vínculos entre el pasado pinochetista y el presente de la transición a través de una figura periférica, Gonzalo, el maquillador y estilista de la familia Pinochet. Lemebel se pregunta cómo consiguió Gonzalo, en el marco de la amnesia decretada por el triunfo de la Concertación, sumarse a la pompa democrática. Su declarado aprecio por Aylwin y Frei lo congració con el nuevo modelo. Por eso, “su esponja estética es la misma que rejuvenece la doble cara de los discursos oficiales. La máscara mueca que transmite al país su mensaje positivista. El acartonado rostro sin rostro, que los dedos plásticos de Gonzalo decoran con similar receta” (Lemebel, 2000: 136). La figura de Gonzalo es central en la concepción de la historia de Lemebel porque este personaje de la segunda línea evidencia que con él “el neoliberalismo agrega su antifaz plata y oro, que traviste de carnaval las cicatrices” (Lemebel, 2000: 136). En el maquillador se encarna la certeza de que la democracia chilena se encargó de convertir las cicatrices en perlas, las marcas del trauma en festejos y los desgarros en celebraciones.

Más allá de la notable variedad de recursos puestos en juego por Lemebel en su abordaje de la historia, debe considerarse que una estrategia fundacional de su escritura consiste en la articulación de un discurso *queer*. Lemebel construye un posicionamiento homosexual para enunciar sus crónicas; en particular, reconstruye el discurso de “la loca”. Así, la enunciación adopta la figura del margen como el espacio a partir del cual se enfrenta y desafía al relato histórico consensual. La marginalidad se convierte en una elección enunciativa. De este modo, Lemebel opera una redistribución topológica que ubica como centro enunciativo los márgenes y las periferias. Desde allí percibe y desde allí elabora sus crónicas. Como señala Mercedes Alonso, “las crónicas no sólo revelan espacios marginales sino que toda la realidad nacional pasa por el tamiz de la mirada de los sujetos marginales”

(Alonso: 2012). La loca constituye el sujeto testimoniante, cuenta desde adentro la realidad de la homosexualidad chilena y recoge su voz.

Este gesto de inclusión desarticula el binomio intelectual-subalterno y promueve una redefinición de la figura del autor. Ésta ya no puede restringirse a Lemebel y suma las presencias marginales de las locas chilenas. Sin embargo, Lemebel no se apropia de la voz del otro, ni pretende hablar en su nombre. Por el contrario, su práctica apunta a sumar estas voces a la suya, a formalizar una heteroglosia inclusiva mediante el respeto de su alteridad. A su vez, esta valoración del discurso *queer* constituye uno de los motores que conduce a Lemebel a publicar sus crónicas en medios masivos y, luego, en forma de libro. En ambos casos, se preocupa por asegurar la difusión, por ocupar espacios de escritura y de lectura. La inserción inicial en los medios funciona como una estrategia de intervención en los ámbitos de la hegemonía periodística. La posterior circulación como libro adquiere una superior legitimación intelectual al autonomizar las crónicas de la coyuntura en la que fueron escritas. Así, la escritura de Lemebel inscribe a la loca en los medios y la literatura y hace visible su cuerpo y audible su voz en el tejido social.

Al respecto, mediante el peregrinaje homosexual, sus crónicas proponen una cartografía alternativa de Santiago de Chile. El cronista recorre las calles céntricas y las periféricas, los barrios más elegantes y las “poblas” más abandonadas. Se inmiscuye en los espacios públicos y en los privados, en los cines pornográficos y en los salones artísticos, en los museos y en los baños turcos. La sumatoria y la yuxtaposición de estos territorios conforman un discurso que desnaturaliza el espacio urbano y descubre datos ocultos a la percepción habitual.

Esta percepción desnaturalizada es vehiculizada por el descubrimiento del deseo. El deseo homosexual modifica el trazado de la ciudad y se burla de las formas contemporáneas de vigilancia. La valoración de los deseos subterráneos, camuflados en el tránsito repetitivo de lo cotidiano, se opone a lo que Lemebel denomina el “estrés paranoico del neoliberalismo”. En este sentido, el nomadismo del deseo homosexual rearma y rediseña la ciudad. Esta operatoria de transformación de los espacios, la alteración del sistema de control por la introducción transgresora de lo marginal, se desplaza también al relato de la historia.

A través de la inclusión del posicionamiento *queer*, Lemebel desmonta el relato historiográfico consensual. En esta práctica de reescritura, una primera operación consiste en proponer al universo de las locas como un nuevo *locus* sobre el cual leer la historia de Chile. De esta manera, Lemebel restituye la potencia política de la homosexualidad latinoamericana. Sus crónicas se empeñan en exhibir lo oculto, en desarrollar una política de lo visible que instale en el espacio y el discurso públicos los relatos silenciados de la homosexualidad chilena. Su práctica sumatoria descubre una voz y una figura, un lugar de enunciación y un espacio de percepción y actuación en la historia.

La segunda operación consiste en promover una historia de Chile que problematice determinadas categorías, nucleares en la definición identitaria (individual o colectiva), como el género y la clase. Lemebel se define a sí mismo, y al posicionamiento enunciativo adoptado, como maricón, pobre, sudaca y aindiado. Adiciona, a la voz de la loca, la voz de la pobla, de los habitantes de los barrios bajos de Santiago. Las diferencias de clase y de género son así hibridadas. Lemebel asegura que en eso consiste lo que denomina

reiteradamente “devenir mujer”, en una relación de solidaridad establecida entre quienes ocupan los márgenes sociales.

El descentramiento de las categorías de identidad sexual, social, étnica y nacional que lleva adelante Lemebel puede percibirse en el texto leído a modo de intervención en un acto político de la izquierda chilena realizado en Santiago en septiembre de 1986. Este texto, “Manifiesto (Hablo por mi diferencia)”, concreta la posibilidad de pensar el pasado y el presente de Chile desde esta ubicación de homosexual pobre. Allí, Lemebel plantea, aún antes de la recuperación democrática, sus sospechas acerca de la orientación que ésta tomaría. Evade subirse al tren de los festejos democráticos de la transición e interpela a la democracia desde su posicionamiento de género. En su intervención, pregunta a los líderes de la izquierda chilena, presentes en el acto, “¿Qué harán con nosotros compañero?” (Lemebel, 2000: 94). Retoma la historia de los homosexuales asesinados por el General Ibáñez en Valparaíso para atestiguar la extensa historia de persecuciones y violencia padecida por la comunidad homosexual. A través de la reconstrucción de ese pasado, Lemebel evidencia la deuda histórica con la homosexualidad chilena. En un notable gesto de provocación, señala que en Nueva York los homosexuales pueden besarse en la calle, en tanto el marxismo tradicional evitó en Chile la participación de militantes homosexuales en el contexto de la resistencia a la dictadura. En este marco, la recuperación de una historia de la comunidad homosexual implica una denuncia de los relatos históricos construidos aún desde la izquierda que forcluyeron estas otras perspectivas de la historia.

A su vez, el posicionamiento homosexual no agota la estrategia enunciativa. Lemebel subraya su carácter de homosexual pobre. Así, duplica la marginalidad al establecer su doble pertenencia de clase y de género. Por este motivo, desmonta toda forma de esencializar la diferencia. Desafía a los líderes de la izquierda chilena al plantear “No me hable del proletariado/ porque ser pobre y maricón es peor” (Lemebel 1997: 83). La inclusión de la diferencia en el interior de la alteridad introduce la imposibilidad del cierre, la ausencia de clausura en una identidad monolítica. Ninguno de los rasgos prevalece sobre el otro, ni la clase ni el género se someten en esta definición identitaria. Por el contrario, la inclusión de cada uno de estos aspectos relativiza la autonomía del otro.

En este posicionamiento marginal emerge un discurso sobre la historia capaz de cuestionar las representaciones del pasado y del presente. La revisión de la historia desde una perspectiva homosexual y pobre promueve la irrupción de una “militancia corpórea que enfatiza desde el borde de la voz un discurso propio y fragmentado, cuyo nivel más desprotegido por su falta de retórica y orfandad política sea el travestismo homosexual que se acumula lumpen en los pliegues más oscuras de las capitales latinoamericanas” (Lemebel, 2000: 127). Desde esta ubicación periférica se interrogan los relatos hegemónicos de la historia de Chile.

En el paisaje desolado del neoliberalismo, las crónicas de Pedro Lemebel se proponen rescatar las memorias fracturadas del Chile contemporáneo. Su literatura radical, que desbarata las formas tradicionales de pensar el vínculo arte-política, se opone a los relatos clausurados de la historia chilena. La apertura del pasado y su diálogo con el presente cuestiona las concepciones monumentales y mitológicas de la historia. La recurrencia a las estrategias de resistencia del pasado fomenta la irrupción de nuevos modos de enfrentamiento con la imposición neoliberal de los años noventa. La desarticulación del relato consensual y la impugnación del triunfalismo de la transición dependen del

desarrollo de una nueva forma de aprehender la historia. En las crónicas de Lemebel, la historia se lee a partir de sus manifestaciones más periféricas y a través de los artefactos de la industria cultural. Se la encuentra en la reposición de lo ausente y en las imágenes borrosas de la historia reciente. En gran medida, el señalamiento de las continuidades y de las rupturas se opera, de manera sesgada, a través de la inclusión de un punto de vista homosexual desafiante de la hegemonía de los relatos históricos tradicionales. Este punto de vista recupera las figuras marginales y hace visibles otros cuerpos y audibles otras voces. Supone la valoración de los quiebres de los discursos y permite oír lo silenciado. Restituye los cuerpos a través de las palabras y encarna las memorias de las víctimas en las crónicas fragmentadas de sus vidas y sus muertes.

Bibliografía

Alonso, Mercedes (2012) “Vino nuevo en odres viejos: el policial y la crónica en lengua latina” en Croce (comp.) *Latinoamericanismo III: canon, crítica y géneros discursivos* (Buenos Aires: Simurg) en prensa.

Baudrillard, Jean (1987) *América* (Barcelona: Anagrama).

Lemebel, Pedro (1995) *La esquina es mi corazón* (Santiago: Cuarto propio).

- 2000 (1996) *Loco afán: crónicas del sidario* (Barcelona: Anagrama).
- 2010 (1998) *De perlas y cicatrices* (Santiago: Seix Barral)
- 2008 *Serenata cafiola* (Santiago: Seix Barral)

Morales, Leónidas (2009) “Pedro Lemebel: género y sociedad” *Aisthesis* (Santiago) Vol. 1 N° 46

Richard, Nelly (2007) *Fracturas de la memoria* (Buenos Aires: Siglo veintiuno).